

Revista Cromos (“La Lengua”)

Julio 3 de 2006

Por Alberto Aguirre

TUMBEN ESO

Hacen el ridículo, y además muestran el carácter provinciano de la ciudad. Trasiago propio de provincianos es la barahúnda que se ha formado alrededor de una casa insulsa. Altos estratos de gobierno, sociedad y prensa llevan semanas debatiendo una fruslería. Se encrespan, como si se definiera el futuro de Bogotá. Rasgo del provinciano es hacer, de una pulga, un elefante.

Como casa, esa *Villa Adelaida* es un bodrio, y lo es desde que la alzaron en 1914. Hoy, en ruinas, es una plasta. Dejen que se caiga. Porque restaurar un bodrio (“cosa mal hecha, desordenada y de mal gusto”) es necedad que sólo se le ocurre a un provinciano. Y otra muestra de aldeanismo: a eso lo declararon “patrimonio cultural de la nación”.

Como arquitectura, *Adelaida* no vale una higa. No tiene distinción. Carece de estilo. Es el agregado de diversos rasgos, puestos ahí, al garete. Es lo que se llama una olla podrida. Este montón de arcos, sin orden ni gracia, en la sala de entrada, es repelente. En un pequeño espacio, hay arco ojival, arco de medio punto, arco peraltado, arco de cuatro centros. Se da la aberración de empatar arco de un estilo con arco de otro estilo, separados por solo medio metro. El arco, en arquitectura, tiene un tinte de majestad y ceremonia, propio de palacios, conventos y catedrales, que ha de usarse con mesura en vivienda. Aquí, esta suma heterogéna de arcos es de mal gusto y además produce fastidio. La escala, que se abre en dos desde el descansillo, tiene evocaciones versallescas. Y las dos estatuillas al pie de la escalera (estatuas de linternilla) aquí funcionan como sólo ostentación. Vulgar e impropia. Este abundamiento, sin obedecer a un criterio, a un orden, es muestra en sí de aldeanismo. Para colmo, hay unas pilastras coronadas con capitel de orden corintio. Y esa torreta, de estilo Tudor, en mitad del techo, es como una verruga. La ornamentación es excesiva, de muy diversos estilos y momentos. Se podría hablar de estilo churrigueresco, que es, casualmente, la falta de estilo, por el agregado informe de signos y ornamentos. Todo este abigarramiento, toda esta acumulación de rasgos tomados de diferentes estilos, a la topa tolondra, son seña adicional del provinciano.

La ostentación es el signo del sudaca y seña precisa de su bastardía. Fernando González dice que el suramericano “padece el complejo del hijueputa”. Porque es el producto de una doble violación: la civilización europea viola y desgarr a la civilización aborígen (milénaria); y los hombres de la civilización dominante se

refocilan con las mujeres de la civilización violada. Nacía un hijo bastardo de nación y de vientre. El sudaca es inseguro y anda mendigando pergaminos para encontrar en cosas la dignidad que le arrebataron de su alma.

Villa Adelaida no tiene valor arquitectónico. ¿Por qué, entonces, la declaran “patrimonio cultural de la nación”? Es el afán del bastardo de buscar pergaminos que le den legitimidad. Es cómico ver a los señorones colombianos comprando, en España, por diez mil pesetas, un escudo de armas y un árbol genealógico, sin percatarse de que tales árboles tienen siempre una rama rota. Complementan esos signos falaces de nobleza con un retrato del Papa, más la bendición pontificia, en pergamino. También barata. Tampoco tiene, la dicha villa, valor histórico alguno. ¿Qué allí vivió don Agustín con su Adelaida? Eso le importará a los nietos, quiero decir, a sus nietecitos, pero a la nación le importa un rábano. Lo único histórico que se ha dado en tal casona es *le Canard à l'orange* que preparó el *chef* Marcel Görres, cuando era *El Gran Vatel*, para que las castas paramunas probaran por primera vez un plato que fuera educando su paladar.

Acaben de tumbar eso. Y hagan ahí un parque, como esos pequeños parques de esquina y media cuadra que le dan tanto regocijo a Madrid. Allá aprovechan el terreno que queda en descampado, para ponerlo en verde. Sean nobles alguna vez en la vida.